

TEATROS Y CONCIERTOS

Teatro Barcelona

UN SENSACIONAL ESTRENO

«Yerma», poema trágico, en tres actos, de Federico García Lorca

tiempo resultó brillantísima. El pendón principal fué confluente al «Iputado del Parlamento catalán, señor Antonio Miracle y Mercader, al que acompañaban como a cordonistas los señores José María Fradera y Federico Quintana. Para dar más realce al acto asistió al mismo la Banda Municipal de Mataró, como también numerosas representaciones de los pueblos comarcanos.

Las funciones teatrales viéronse también animadísimas.

También en los festejos populares, conciertos y bailes, reinó la algarabía propios de estos días, sin que ocurriera el más pequeño incidente.

Los deportistas celebraron la fiesta jugando varios partidos de fútbol; el primer día lucharon contra el «Mediterrá» de ésta, al que vencieron por 3 goals a 1. El infantil local contendió con el de igual categoría de «Breda», al que venció por 3 tantos a 0, y finalmente un fuerte combinado del «F. C. Barcelona» venció, después de un disputado encuentro al «S. C. Sant Celoni», por 2 a 1 tantos. Por la noche del martes, se quemó un artístico castillo de fuegos artificiales, espectáculo que fué presenciado por casi toda la población.—C.

En Vilafant

Este año la fiesta mayor de este pueblo en honor a su Patrón, San Cornelio, ha revestido extraordinario esplendor en todos sus aspectos. Las funciones religiosas fueron solemnes, y durante el santo oficio la iglesia estuvo totalmente ocupada como en sus mejores fiestas. En cuanto a los festejos organizados por la sociedad Centro Cultural, constituyeron un éxito. Las ejecuciones musicales han ido a cargo de la orquesta «Pep Ventura», «Las d'Angles» y «Antiga Pep». En cuanto a los bailes, huelga decir la concurrencia y el buen gusto que en los mismos imperó. Con el fin de facilitar la asistencia a dichas fiestas, se organizaron servicios extraordinarios de automóviles.

En Calella

Con motivo de la fiesta mayor de Santa Tecla se celebrarán, entre otros, los siguientes festejos:

Día 22.—A las 8'15, salida de los corredores participantes a la carrera ciclista «Primer Gran Premio Tuxamps». A las 4, partido de fútbol entre el titular de la localidad y el Tarrasa F. C. A las 6'30, bailes en el entoldado del Casino Calellense y sala «Acció Calellenca».

Noche, a las 10, bailes en las Sociedades indicadas.

Día 23.—A las 9'30, llegada de la Banda del regimiento de Infantería de Badajoz, núm. 10, y pasacalle, acompañando a los gigantes de la ciudad. A las 10, solemne oficio que celebrará el señor regente de la parroquia, con sermón del reverendo doctor Carlos Salicrú Puigvert. A las 12, concierto por la Banda en el Paseo de Manuel Puigvert y bailes en las Sociedades. A las 4, partido de fútbol entre el Calella S. C. y el Gerona F. C. A las 7, sardanas en el Paseo organizadas por «Joventut Sardanesca» a cargo de la columbia «La Principal», de Santa Coloma de Farnés. A la misma hora, bailes en las Sociedades.

Noche, a las 10, disparo de un grandioso castillo de Fuegos artificiales en el Paseo Marítimo; a continuación, concierto, sardanas y bailes en las Sociedades.

Día 24.—A las 10, oficio solemne en honor de Ntra. Sra. de la Merced, con sermón a cargo del Rdo. Dr. Carlos Salicrú. A las 12, concierto en el Paseo por la Banda y baile en el entoldado. A las 4, partido de fútbol entre el Calella S. C. y Europa S. C. A la misma hora, fuegos japoneses y concierto por la Banda en el Paseo. A las 7, bailes en las Sociedades.

Noche, a las 10, disparo de una grandiosa traca valenciana.

Día 25.—A las 12, conciertos en las Sociedades. A las 10 de la noche, bailes en el entoldado, Casino y Sala «Acció».—Corresponsal.

ses y tamaños, esbeltas y metidas en carnes, flacas y gordas, rubias y morenas, se pasean a todas horas en el jardín del Palais-Royal, el paraíso de la vida alegre de París. El «conde» de la Motte toma a su cargo la espinosa comisión; no necesita mucho tiempo y ya ha hecho el descubrimiento de una sustituta de la reina, una joven dama llamada Nicole — que más tarde llevará el nombre de la baronesa de Oliva — modista en apariencia. No cuesta mucho trabajo convencerla para que represente su fácil papel, «pues», según se explica la señora de la Motte delante de sus jueces, «era muy tonta». El 11 de agosto llevan a Versalles a la condescendiente damisela a una vivienda especialmente alquilada para ello; por su propia mano, la condesa de Valois la viste con un traje de muselina con lunares blancos, copiado exactamente de aquel que lleva la reina en el retrato de Madame Vigée-Lebrun. Le plantan además un sombrero de alas anchas, que dé sombra al semblante, sobre los cabellos cuidadosamente empolvados; y entonces, adelante, viva y descaradamente, por el nocturno parque sombrío, con la pequeña que se asusta con facilidad y que debe representar, durante diez minutos, a la reina de Francia delante del gran limosnero del rey. La más temeraria bellaquería de todos los siglos está en marcha.

Muy calladamente se desliza la pareja, con su pseudo reino disfrazado, por la terraza de Versalles. El ciclo derrama una obscuridad sin luna sobre los jardines. Bajan hacia el bosquecillo de Venus, el cual, espesamente cubierto de abetos, cedros y pinos, donde, de cada figura, apenas es posible distinguir otra cosa que la silueta, está maravillosamente apropiado, por lo tanto, para los juegos de amor, y más aun para esta fantástica comedia de engaños. La pobre golfilla comienza a temblar. ¿En qué aventura se ha dejado meter por una gente desconocida? Lo mejor para ella sería escaparse. Llena de miedo, tiene en sus manos la rosa y la esquila, que, según lo prescrito, debe entregarle a un distinguido señor que se acercará a hablarla. Crujen ya las arenas del paseo. Surge de las sombras la silueta de un hombre; es Rétaux, el secretario, que fingiéndose servidor real, conduce a Rohan. De repente, la Nicole se siente energicamente impulsada hacia adelante; como tragados por la obscuridad, desaparecen de su lado los dos rufianes. Se queda sola, o, más bien, ya no lo está, porque, alto y esbelto, con el sombrero muy calado sobre la frente, un desconocido viene ahora a su encuentro: es el príncipe.

Pero, ¿de qué modo tan raro se conduce este hombre

«Yerma» es la tragedia de la mujer estéril. Cualquier mujer, en cualquier tiempo, en cualquier parte. El íntimo dolor de la mujer casada, que pasa un año y otro, sin dar fruto. La queja entrañable de la esperada maternidad que nunca llega. La sorpresa adolorida de la juventud y la hermosura inútiles, del amor y la ternura baldíos...

A «Yerma» el regazo se le hace cuna — que no se llena —, y hay en sus brazos la forma de un niño dormido — que no viene. — Los dedos le treznan suavísimas caricias maternales — que nadie recibe —; los ojos se le ahondan contemplando al hijo que no verá nunca.

El viento, al agitar los maizales, finge, para su oído, llanto de criatura recién nacida. Las casadas pasan por su lado, ufanas con la carga del amor hecho carne en los brazos. En torno suyo, la tierra, los árboles, las bestias, la Naturaleza entera, rinde tributo de jugosa fecundidad; sólo ella es seca, árida, inútil, yerma, como tierra maldita...

La punzante obsesión de la maternidad insatisfecha, conduce a «Yerma» — personaje de poema y de tragedia — a cumbres de locura. Femenina figura de cabal honradez, se debate y aniquila a sí misma en busca de un remedio — devoción, medicina o brujería — a su mal, mientras dan fondo a su monólogo adolorido, las figuras del marido hosco, frío y codicioso, del casto galán de juventud, de las cuñadas hostiles y escudriñadoras (¡soberbias pinceladas de expresionismo escénico, las de estas mudas cuñadas pueblerinas!), del pueblo murmurador, chismoso, sensual, supersticioso, devoto, pagano... simbolizado también a grandes trazos, en los fugaces y magníficos motivos líricos de las lavanderas y de la romería; en las figuras de la Pagana y de la curandera...

«Yerma» no halla remedio a su mal. Su extraña conducta le atrae la condenación de las gentes, el desamor y la suspicacia del marido. La casa, con holgura, pero sin alegría de niños, ni esperanzas de vida nueva, dijérase que cae encima de la desdichada... Corre a los campos, pide consejo a las vecinas, se refugia en la ermita... Allí, en la romería, cruzada por una ráfaga de báquicos ritos ancestrales, el marido la busca. Le habla con la verdad, por vez primera. ¿Para qué, atormentarse por lo que no existe? Realidades son los campos, el ganado, la cosecha; ¡qué falta hacen los hijos?... Ella es hermosa, es mujer... El hombre la abraza; «Yerma» se resiste, lucha; ahoga, con sus dedos delirantes, al marido. Con él, mata también a su esperanza. Grita, por ello: «¡Acabo de matar a mi hijo!».

II

Desde las primeras escenas, el poderoso aliento poético de la obra, nos eleva sobre las usuales realidades escénicas. Este es otro mundo, más allá de exposición, trama, nudo, desenlace, y demás zarandajas... El poeta alcanza a elevar personajes, pasiones, ambientes, hasta

ser abstracciones, sin que por ello pierdan el hábito humano, y ese tono popular que es el medio expresivo de que se valen para llegar hasta nosotros. Un sentido teatral estricto, no de enredo, trama, etc., sino de fusión emocional de lírica y plástica — lo que se oye; lo que se ve —, anima este poema trágico, que bien podría ser, sin aquellos elementos netamente escénicos, uno de esos «Romances» que han hecho de Federico García Lorca el reanimador de la más legítima vena de nuestra tradicional poesía. «Romance de la casada que ansiaba hijos», podría llamarse la tragedia de esta «Yerma», en cuyo alarido parece escucharse el hondo acento lejano de las grandes poesías de la maternidad: una Gabriela Mistral o una Ada Vergé.

El poema — reitero — es un largo, diverso, profundo monólogo de la mujer adolorida, gritando su dolor, sobre un fondo escénico, por el que pasan motivos líricos, figuras populares, paisaje abstracto, dando a la protagonista y a su tragedia un mayor relieve. Escrito en prosa, surge, espontáneo, aquí y allá, en el poema, el romancillo popular como elemento de ambiente, de fondo — tal el «a modo de» coro de las lavanderas —, o el verso ligero, alado, sutil de los grandes momentos líricos, como en algunos motivos de soledad de la triste «Yerma». Prosa y verso abundan en esa certera, fácil pero extraña, peculiar metáfora de García Lorca. — Acaso, en la prosa, un cierto exceso de metáfora. — Como si el lenguaje fundiera, a su vez, los dos elementos que amasan el tema (tierra, anhelo; barro, espíritu), une a una crudeza, no naturalista, mas sí natural, una exquisita riqueza de sutil imagen... Dicen cosas terriblemente duras, naturales — cosas de entraña y de carne —, estas gentes; pero cuando habla el anhelo la carne se hace espíritu, y lo turbio se torna limpio y transparente...

¡Limpísimo anhelo el de «Yerma», la honrada mujer casada, que quiere un hijo de su casta y su nombre; que rechaza, altiva y ofendida, hasta el pensamiento de un camino equivocado para el logro de su ansia de maternidad! Limpia y sana, por tanto, la tan discutida tragedia de García Lorca, que sí contiene — y sí los contiene — crudezas y atrevimientos, son, claro, al tratar de un tema natural, aquellos atrevimientos y crudezas que la Naturaleza no oculta, a su vez.

III

«Yerma» es Margarita Kirgu. Singularísimo talento el de esta actriz, que ha sabido — y ha podido — elevarse sobre sí misma y sobre su fama. Raro también, el arte con que logra — en esta «Yerma» que sin ella no comprenderíamos —, ser a un tiempo abstracción y mujer; humanizar su personaje hasta en la más honda fibra, y elevarlo hasta hacerlo sentimiento, idea. Es «Yerma» la mujer estéril; pero, en su hosquedad, en su desesperación, en su acritud, es la esterilidad misma. Figura, gesto, voz, escaparon a la actriz para hacerse personaje: ese personaje hierático agresivo, hostil por fuera, y rebosante, sin embargo, de no empleadas ternu-

extraño! Inclínase respetuosamente hasta el suelo, y le besa a la moza la orla del vestido. Ahora debería la Nicola tenderle la rosa y la carta que tiene preparadas. Pero, en su aturdimiento, deja caer la rosa y se olvida de la carta. Sólo balbucea, con voz ahogada, las escasas palabras que trabajosamente le han metido en la cabeza: «Puede usted confiar en que todo lo anterior está olvidado». Y estas palabras parecen encantar desmesuradamente al desconocido caballero; una y otra vez se inclina ante ella y tartamudea, con manifiesto embeleso, las más sumisas y respetuosas gracias, sin que la pobre modistilla sepa por qué. Sólo tiene miedo, un miedo mortal, de tener que decir algo y con ello traicionarse. Pero, gracias a Dios, rechina otra vez la arena bajo unos pasos precipitados, y alguien dice, en voz baja y agitada: «¡Pronto, pronto, venid! Madama y la condesa de Artois están muy próximas». La llamada hace su efecto; espántase el príncipe y se aleja precipitadamente acompañado por la de la Motte, mientras que el noble esposo conduce a la pequeña Nicole, con corazón palpitante, deslízase la seudo reina de esta comedia a lo largo del palacio, en el cual, detrás de las tenebrosas ventanas nocturnas, la verdadera reina duerme sin sospechas.

La farsa aristofanesca ha triunfado gloriosamente. El pobre príncipe ha recibido un golpe en el cráneo que le arrebató por completo todos sus sentidos. Hasta entonces había habido que volver a cada momento a cloroformizar su desconfianza; el pretendido saludo era sólo una semiprueba, lo mismo que las cartas; pero ahora que el burlado cree haber hablado en propia persona con la reina, y haber oído de su boca que lo perdona, cada palabra de la condesa de la Motte va a ser para él más verdadera que el Evangelio. Ahora, llevados sus andadores por la condesa, marcha por donde ella quiere. Esta noche no hay un hombre más feliz que él en toda Francia. Rohan se ve ya como primer ministro, gracias a las mercedes de la reina.

Algunos días más tarde, la de la Motte le anuncia ya al príncipe otro testimonio del favor de la reina. Su Majestad — bien conoce Rohan su generoso corazón — tiene el deseo de hacer entregar cincuenta mil libras a una familia noble, caída en la miseria, pero por el momento se ve impedida de pagarlas. ¿No querría el príncipe tomar a su cargo este caritativo servicio? Rohan, dichosísimo, no se asombra ni un instante de que la reina, a pesar de sus gigantescos ingresos, se encuentre mal de fondos. Todo París

sabe, por lo demás, que siempre está metida en deudas. Al instante, el príncipe hace llamar a un judío y dos días después las monedas de oro tintinean sobre la mesa de los de la Motte. Por fin tienen éstos ahora, en sus manos, los hilos para hacer bailar a su gusto al fantoche. Tres meses más tarde, tiran de ellos aun con mayor fuerza; otra vez desea dinero la reina, y Rohan empeña diligente muebles y objetos de plata, sólo para agradar más pronto y ricamente a su protectora.

Ahora vienen unos tiempos celestiales para el conde y la condesa de la Motte. El príncipe está lejos, en Alsacia, pero sus dineros suenan alegremente en los bolsillos de la pareja. Ahora no necesitan tener ya ninguna preocupación; está encontrado un tonto que paga. Le escribirán de cuando en cuando una carta en nombre de la reina y el de Rohan destilará nuevos ducados. Entretanto, ¡a vivir magníficamente al día y con toda clase de goces y no pensar en mañana! No sólo los soberanos, los príncipes, los grandes, son irreflexivos en estos tiempos livianos, sino que lo son también los bellacos. Apresúranse a comprar una casa de campo en Bar-sur-Aube, con magnífico jardín y dilatada labranza; comen en vajilla de plata, beben en copas de cristal centeneante; se juegan y se oye música en este noble palacio; la mejor sociedad se disputa el honor de poder tratarse con la condesa de Valois de la Motte. ¡Qué hermoso es el mundo donde se dan tales pazuquatos!

Quien, al jugar, ha sacado por tres veces la carta más alta, no vacilará en atreverse a realizar, también por cuarta vez, la más audaz jugada. Una insospechada casualidad pone en manos de los de la Motte el naipe del triunfo. En una de sus reuniones, refiere alguien que los pobres joyeros de la corte, Boehmer y Bassenge, se encuentran en gran apuro. Han colocado todo su capital, lo mismo que una buena cantidad de dinero tomado a préstamo, en el más soberbio collar de diamantes que se ha visto jamás sobre la tierra. Realmente, había sido destinado para la du Barry, la cual de fijo que lo habría adquirido si las viruelas no se hubieran llevado a Luis XV; después, lo habían ofrecido a la corte de España, y, por tres veces, a la reina María Antonieta, la cual, loca por las alhajas, compraba aturdidamente, en general sin preguntar mucho por el precio. Pero Luis XVI, pesado y ahorrativo, no había querido adelantar el millón seiscientos mil libras que la alhaja costaba; ahora, los joyeros se encontraban con el agua al cuello;

ras y suavidades, que coloca a «Yerma» junto a las más altas figuras trágicas.

Pedro López Lagar compuso con sobriedad y brío la figura del marido. Juan. Amalia Sánchez Ariño, las lavanderas, el diablo y la diablesa, las cuñadas, la Compañía toda, nos brindaron, bajo la experta mano y la fina sensibilidad estética de Cipriano Rivas Cheriff, algo a que no estamos, desdichadamente, muy acostumbrados: una representación armoniosa, ágil, cuidada, ritmada, sensible... Gentilísimos los figurines y expresivo el decorado de Fontanals.

El público — desbordante hasta el peligro —, ejemplar en atención y entusiasmo, ovacionó vivamente al poeta al final de todos los cuadros, y premió con aplausos — que llegamos a creer interminables — la magistral labor de la actriz.

MARIA-LUZ MORALES

REPARTO DE DONATIVOS

Entre las familias necesitadas que a continuación detallamos, hemos distribuido, en los meses de julio y agosto, las cantidades recibidas de los señores siguientes: De D. S., 200 pesetas; de E. G., 5; a la memoria de C. H., 25; de J. M. A., 15; de C. P. y M., 100; de un suscriptor, a la memoria de su hija, A. P. G., 25; de XX, 25; a la memoria de A. B. R., 5; del suscriptor H. C. V., 25; a la memoria de A. de M., 50; de un suscriptor, 5; de P. D. M. E., 20. Total, 500 ptas.

	Ptas.
Gustavo Domínguez, Serra, 3, primero	10
María Fenallosa, viuda, Tallers, 51, 3.º	10
Asunción Febrer, anciana, Jovellanos, 1, primero, primera, realquilada	25
Mercedes Tura, casada, Diamante, 10, 1.º	25
Anita Fargas, casada, Ladrilleros, 13, bajos	25
Josefa Frigols, viuda, Entenza, 131, 2.º	25
Francisca López, anciana, Industria, 479, bajos	25
Jerónima Berrueto, viuda, 8 hijos, Progreso, 124, bajos	25
Nicolasa Marco, anciana, Obradors, 6, cuarto, primera	25
Luis Ruiz, anciano, Blesa, 32, cuarto, 1.ª	10
Teresa Berengueras, anciana, Pl. Huesca, núm. 11, cuarto, segunda	10
Manuela Monroig, anciana, Villarreal, 157, cuarto primera	25
Joaquina Corzán, viuda, Rocafort, 163, 5.º 3.ª	10
María Calamanda, anciana, Roca, 28, 3.º 1.ª	10
Sebastián Ruiz, Badal, 113, quinto	25
Ana Maldonado, anciana, Constitución, 45, terrado	25
Concepción González, viuda, Cera, 45, 1.º tercera	25
Carmen Ambrós, casada, Arco San Severo, 5 bis, bajos	25
Antonio Sánchez, viudo, Magallanes, 63, 1.º, 1.ª	15
Ramón Vila, siete hijos, Pasaje Caudet, 3, Calle Viñeta	25
María Roca, viuda, Hospital, 108, escalera interior	10
Hermínia Pla, anciana, Borrell, 340, barraca	10
Miguel Belmonte, viuda, Magallanes, 23, portería	5
Juana Rodríguez, viuda, Simón Oller, 2 bis, 1.º, 2.ª	10
Josefa Tort, anciana, San Vicente, 6, bajos	10
Antonia Puig, viuda, Allada, 9, 5.º	5
Pilar Pantín, anciana, Mirallers, 12, terrado	5
Dolores Pla, viuda, Vallesplá, 12	5
Julia Alemany, viuda, Montserrat, 15, 3.º	5
Angel Porqueras, Canaletas, 22, Sans	25
Josefa Espallargues, casada, Botella, 8, 1.º	10
Total:	500